

Ciudad Real, de "capitaleja" a ciudad universitaria

Los chicos de los pueblos de la provincia vivíamos con la ilusión propia de los días de fiesta cuando nos llevaban de viaje a Ciudad Real. Bien es cierto que casi nunca eran motivos lúdicos los que ocasionaban esos viajes; se trataba, en el mejor de los casos, de comprarnos la ropa de invierno en Almacenes de los Reyes o en Galerías Barcelonesas y, aunque pasábamos un calvario probándonos los pantalones, que siempre nos picaban en las piernas y nos quedaban "crecederos", nos parecía un día de lujo lleno de novedades. Lo normal, por desgracia, era viajar a la capital para ir al médico y, en algunos casos, para examinarse de ingreso en el Instituto Beato Juan de Avila. En cualquier caso, ese día se vivían emociones especiales que comenzaban por el viaje en el coche de punto, que era como se les llamaba a los taxis en los pueblos.

Una de las cosas que más me llamaba la atención cuando salía de casa para subir al coche, ataviado con la ropa apropiada, que no era otra que la de los domingos, era que mis vecinos siempre me preguntaban: "Qué, ¿ya vas a la 'capitaleja'?". Y no es que me sorprendiera que conocieran tan a ciencia cierta mi destino, lo que me extrañaba era que le llamaran de esa manera tan peyorativa a una ciudad que tenía edificios para mí impresionantes, como el palacio de la Diputación, el Banco de España, la Catedral, la Iglesia de San Pedro o la Puerta de Toledo y, sobre todo, que tenía unas enormes bombillas en las calles, protegidas por unos platos metálicos con forma de tulipán, que desbordaban con mucho las tenues candilejas que pretendían alumbrar las esquinas de mi pueblo.

Eran los últimos años cincuenta. A principios de los setenta volví a frecuentar Ciudad Real atraído por el reclamo de las querencias; entonces sí comprendí el porqué de aquel apelativo de "capitaleja": la oferta de ocio era tan exigua que, una vez derribado el viejo Teatro Cervantes, la pantalla del Castillo era la única opción cinematográfica disponible; y a las diez de la noche comenzaban los camareros a poner las sillas encima de las mesas en las cafeterías de más postín de la ciudad, que eran muy pocas.

Sigo visitando con frecuencia la capital de mi provincia y, sin que, afortunadamente, haya llegado a ser Manhattan, la imagen general que presenta Ciudad Real dista mucho de aquella "capitaleja" culturalmente gris y económicamente deprimida de hace décadas.

Dos han sido los acicates que han puesto a esta ciudad en la posición digna que hoy ocupa: la creación de la Universidad de Castilla-La Mancha, cuyo campus de Ciudad Real se ha consolidado eficazmente en poco tiempo con múltiples titulaciones y un importante número de alumnos, y la estación de parada de Ave, una obra no suficientemente bien ponderada por lo que ha supuesto de factor de desarrollo y reequilibrio económico del territorio español, favorecedora de nuestra tierra y, especialmente, de esta ciudad: una capital que por su ambiente estudiantil, por su solidez universitaria y por su excelente comunicación a través del primer eje español de alta velocidad, está logrando una pujanza socioeconómica que le ha permitido, mercedamente, desprenderse de las rémoras que tradicionalmente la hicieron acreedora del calificativo de "capitaleja".

Juan Gómez Castañeda

